Responsabilidad frente al mundo y libertad

Jean-Luc Chabot

Universidad de Grenoble (Francia)

INTRODUCCIÓN

Los escritos del beato Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, constituyen una precisa prolongación de su vida y de su personalidad: accesibles a todos, de agradable y atrayente lectura, expresión directa de la vida, afrontan los temas más arduos de la fe y de la moral cristiana sin caer en la aridez del discurso erudito. Y, sobre todo, irradia del conjunto y de cada uno de sus textos una fuerza vital impresionante, que provoca una movilización general de cristianos y de hombres de buena voluntad. Es su fe total en Cristo y en la Iglesia la que confiere este vigor revolucionario a la autenticidad y a la eficacia de sus palabras. No es casualidad que el Papa Juan Pablo II haya insistido justamente sobre este punto en la Carta apostólica de beatificación del 17 de mayo de 1992: él «ha mostrado toda la potencia redentora de la fe, la energía capaz de transformar tanto a las personas, cuanto a las estructuras en las que se forjan los ideales y las aspiraciones de los hombres»¹.

Estas estructuras dependen de la dimensión social del obrar del hombre, y en teología moral son objeto de que lo que ha dado

n. 117; *Amoris de Deo*, Homilias *El tiempo del tiempo*, n. 30; *Trabajo de Deo*, n. 36; *Vivencia humana*, nn. 73, 75, 77; *Prophetia de Deo*, n. 176; *Vida de S.*

1. JUAN PABLO II, *Carta apostólica para la beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, Sacerdote, Fundador del Opus Dei*, 17-V-1992: AAS 84 (1992), p. 1.059.

en llamarse «doctrina social de la Iglesia». El amor al mundo —sin ser mundanos²—, la santificación a través del trabajo en la vida ordinaria, que consagra la plenitud del papel de los laicos en la Iglesia y en la sociedad, el amor a la libertad personal..., todos son elementos de las enseñanzas del fundador del Opus Dei, que enriquecen el ámbito de competencia de la doctrina social de la Iglesia de una manera original: no se trata tanto de esbozar posibles desarrollos en relación a este o aquel sector particular, como de volver constantemente al hontanar de la ética social, a la ética a la par humana y cristiana que surge de continuo del Hombre-Dios redentor. Por eso, la dimensión ascética y mística de los escritos del beato Escrivá se prolonga, en virtud de su profunda secularidad, en enseñanzas extremadamente claras, concretas y precisas sobre el obrar social del hombre, apoyándose en las dos nociones inseparables de libertad y de responsabilidad.

Afirmando sin temor que la plenitud de la humanidad individual y colectiva sólo pueden alcanzarse llevando una vida cristiana auténtica, sostiene que la responsabilidad del cristiano en relación al mundo reside principalmente en esto: en ser plenamente cristiano. Los efectos sociales de esta actitud vendrán caracterizados por el hecho de vivir con plenitud todas las virtudes humanas, que de este modo acabarán por satisfacer, merced a sus consecuencias sobre las propias estructuras sociales, los deseos más hondos de la humanidad. Entre estas virtudes, no debe prescindirse de la consideración de la libertad, que es uno de los dones más preciados que Dios ha concedido a los hombres. Es menester, por tanto, partir siempre del corazón del hombre, para obtener la paz, la justicia, la solidaridad, apoyándose sobre la «divinización» de la humanidad en Cristo. Se entiende entonces la perspectiva histórica entusiasmante que se deriva de esta frase, pronunciada tantas veces por quien fundara el Opus Dei el 2 de octubre de 1928: «Se han abierto los caminos divinos de la tierra»³.

2. *Camino*, n. 939; *Forja*, n. 569.

3. *Es Cristo que pasa*, nn. 8 y 150.

I. EL CRISTIANISMO, PLENITUD DE LA HUMANIDAD

1. *Una promoción humana y social cristocéntrica* El beato Josemaría Escrivá despliega en sus escritos, lo mismo que en su vida, una fe poco común, íntegra y viva, en la persona, el obrar, las palabras y las promesas de Cristo; Cristo que está vivo y es siempre actual, el mismo «ayer, hoy y siempre» (*Heb* 13,8)⁴, hasta el punto de transformarse en centro y cima de la creación y, por ende, como es lógico, de esa parte de la creación que es el obrar moral del hombre. Este ámbito, denominado habitualmente «doctrina social de la Iglesia», no constituye un sector aparte, sino que se centra, vivifica y reunifica en la clave y en la figura central de la historia de la humanidad: Cristo, «perfectus Deus, perfectus homo».

a) *Cristo, perfección de la humanidad*

Esta expresión —«perfectus Deus, perfectus homo»—, extraída del Símbolo Atanasiano, llama en seguida la atención por la frecuencia con que es utilizada en los escritos publicados del beato: representa como el punto de apoyo, el axioma inicial de toda argumentación y de todo comportamiento. Se la encuentra no menos de catorce veces, doce de las cuales en nueve homilias distintas⁵. Este Hombre perfecto se halla de continuo en la cumbre de una creación que El mismo ha venido a ennoblecer: «... no se puede decir que haya realidades —buenas, nobles y aun indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres,

4. *Conversaciones*, nn. 72 y 102.

5. Cfr. *Es Cristo que pasa*, Homilias *La Eucaristía, misterio de fe y de amor*, nn. 83 y 89; *Cristo presente en los cristianos*, n. 107; *La Ascensión del Señor*, n. 117. *Amigos de Dios*, Homilias *El tesoro del tiempo*, n. 50; *Trabajo de Dios*, n. 56; *Virtudes humanas*, nn. 73, 75, 93; *Porque verán a Dios*, n. 176; *Vida de fe*, n. 201; *Vida de oración*, n. 241. *Forja*, n. 290, y *Via Crucis*, VIª Estación, punto de meditación n. 1.

ha tenido hambre y sed, ha trabajado con sus manos, ha conocido la amistad y la obediencia, ha experimentado el dolor y la muerte. Porque en Cristo *plugo al Padre poner la plenitud de todo ser, y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en la Cruz (Col 1,19-20)*»⁶. Esta referencia paulina a la plenitud cristológica, utilizada tres veces en tres homilias distintas de *Es Cristo que pasa*, acompaña otras dos veces en la misma obra a la cita del pasaje sucesivo, que insiste sobre el concepto de «plenitud»: «Porque en Él habita corporalmente la Plenitud de la divinidad, y en Él habéis recibido todo en plenitud, porque Él domina todas las potencias del universo» (*Col 2,9*). A la perfección humana del Hijo se añade la de la creación entera: «Hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios»⁷.

b) «*Nadie puede ganar al cristiano en humanidad*»

Por cuanto el mundo es bueno, hay que «amarlo apasionadamente»⁸; por cuanto Cristo es la perfección de la humanidad, «no es admisible pensar que, para ser cristiano, haya que dar la espalda al mundo, ser un derrotista de la naturaleza humana. Todo, hasta el más pequeño de los acontecimientos honestos,

6. *Es Cristo que pasa*, n. 112.

7. *Ibidem*. Con fórmula semejante: «...el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (*Gen 1,7ss*). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades» (*Conversaciones*, n. 114).

8. «Amar al mundo apasionadamente», título de la homilía pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra, el 8 de octubre de 1967; constituye la última parte de *Conversaciones*, desde el n. 113 al 123; dentro de ella se encuentra esta profesión de fe del autor: «Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, que ama apasionadamente el mundo» (*Conversaciones*, n. 118).

encierra un sentido humano y divino. Cristo, perfecto hombre, no ha venido a destruir lo humano, sino a ennoblecerlo, asumiendo nuestra naturaleza humana, menos el pecado: ha venido a compartir todos los afanes del hombre, menos la triste aventura del mal»⁹. No queda lugar, entonces, ni para el más mínimo «complejo» del cristiano ante el mundo moderno; no se trata de intentar adaptar un cristianismo pasado de moda y siempre «atrasado» a un mundo exógeno, repleto de valores positivos y atrayentes; este mundo fundamentalmente bueno, que nosotros los hombres «hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades»¹⁰, debe abrirse al cristianismo, a la gracia de Cristo y a la lucha espiritual interior de los cristianos, para alcanzar su excelencia, su plenitud de ser: «Optimismo, por lo tanto. Movidos por la fuerza de la esperanza, [...] redescubriremos el mundo con una perspectiva gozosa, porque ha salido hermoso y limpio de las manos de Dios, y así de bello lo restituiremos a Él, si aprendemos a arrepentirnos»¹¹. Desde esta perspectiva, el «aggiornamento» —la puesta a punto— que la Iglesia se ha atribuido con relación al mundo contemporáneo, «debe hacerse, antes que nada, en la vida personal, para ponerla de acuerdo con esa vieja novedad del Evangelio. *Estar al día* significa identificarse con Cristo, que no es un personaje que ya pasó; Cristo vive y vivirá siempre: *ayer, hoy y por los siglos (Heb 13,8)*»¹².

Esta actitud, que rebosa una fe y una lógica incontrovertibles, derriba los relativismos religiosos y metafísicos, las actitudes demasiado cautas y acomplexadas en las que habían desembocado un buen número de cristianos bajo la presión de una praxis laicista dominante: «Dentro del cristianismo hallamos la buena luz que da siempre respuesta a todos los problemas: basta con que os empeñéis sinceramente en ser católicos, *non verbo neque lingua, sed opere et veritate*, no con palabras ni con la lengua, sino con obras y de veras: decidlo, siempre que se os presente la

9. *Es Cristo que pasa*, n. 125.

10. *Conversaciones*, n. 114.

11. *Amigos de Dios*, n. 219.

12. *Conversaciones*, n. 72.

ocasión —buscadla, si es preciso—, sin reticencias, sin miedo»¹³. Es exactamente lo sostenido siempre por el Magisterio de la Iglesia en materia de doctrina social, afirmando «que no existe verdadera solución de la cuestión social fuera del Evangelio»¹⁴, porque «para conocer al hombre, al verdadero hombre, al hombre integral, hay que conocer a Dios»¹⁵. El beato Josemaría le hace eco, cuando escribe: «Nadie puede ganar al cristiano en humanidad»¹⁶.

2. La revolución cristiana y el rechazo de las ideologías

a) «La mayor revolución de todos los tiempos»

La religión en sí misma es una revolución, «la mayor rebeldía del hombre que no tolera vivir como una bestia, que no se conforma —no se aquieta— si no trata y conoce al Creador»¹⁷. Esta revuelta en el plano de la naturaleza se torna una revolución con la Revelación cristiana: «Si los cristianos viviéramos de veras conforme a nuestra fe, se produciría la más grande revolución de todos los tiempos... ¡La eficacia de la corredención depende también de cada uno de nosotros! —Medítalo»¹⁸. «Hoy no bastan mujeres u hombres buenos. —Además, no es suficientemente bueno el que sólo se contenta con ser casi... bueno: es preciso ser

13. *Amigos de Dios*, n. 171.

14. JUAN PABLO II, Enc. *Centesimus annus* (1-V-1991) n. 5.

15. Cita de Pablo VI que retoma Juan Pablo II en la Enc. *Centesimus annus* (1-V-1991) n. 55. También León XIII, Enc. *Rerum novarum* (15-V-1891) n. 18: «No es posible comprender y valorar la vida presente, si el alma no se eleva a otra vida, es decir, a la vida eterna, sin la que la verdadera noción del bien moral necesariamente desaparece y, más todavía, la entera creación se torna un misterio inexplicable».

16. *Amigos de Dios*, n. 93.

17. *Amigos de Dios*, n. 38; una fórmula idéntica se halla en *Conversaciones*, n. 73, y de ella se sigue que «el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado».

18. *Surco*, n. 945.

“revolucionario”. Ante el hedonismo, ante la carga pagana y materialista que nos ofrecen, Cristo quiere ¡anticonformistas!, ¡rebeldes de Amor!»¹⁹. «Tomé nota de las palabras de aquel obrero, que comentaba entusiasmado después de participar en esa reunión que promoviste: “nunca había oído hablar, como se hace aquí, de nobleza, de honradez, de amabilidad, de generosidad”» —Y concluía asombrado: «frente al materialismo de izquierdas o de derechas, ¡esto es la verdadera revolución!»²⁰.

¿Qué se necesita para llevar a término esta revolución, para conseguir la plenitud individual y colectiva de la humanidad en Cristo? Es preciso que los hombres, comenzando por los propios cristianos, repudien las visiones materialistas y las actitudes a ellas aparejadas: esas formas cercenadoras y reductivas que privan a la humanidad de su integridad, alienando al hombre con hipertrofias sectoriales de la realidad, con idolatrías viejas y nuevas, que el hombre sin Dios o en rebelión contra Él va tejiendo sin descanso. Esta revolución rechaza cualquier violencia, pues ésta no «parece apta ni para convencer ni para vencer»²¹; al contrario, se apoya en el ejercicio de una libertad personal que acepta la idea de «la vida en la tierra como milicia», una lucha que «se entiende como Cristo nos ha enseñado: como guerra de cada uno consigo mismo, como esfuerzo siempre renovado de amar más a Dios, de desterrar el egoísmo, de servir a todos los hombres»²².

b) *El anti-humanismo reductivo de las ideologías*

En cualquiera de sus formas, el materialismo es esa «ola sucia y podrida —roja y verde— que se empeña en sumergir la tierra, escupiendo su puerca saliva sobre la Cruz del Redentor... Y Él quiere que de nuestras almas salga otra oleada —blanca y poderosa, como la diestra del Señor—, que anegue, con su pureza, la podredumbre de todo materialismo y neutralice la corrupción,

19. *Ibidem*, n. 128.

20. *Ibidem*, n. 754.

21. *Conversaciones*, n. 44.

22. *Es Cristo que pasa*, n. 74.

que ha inundado el Orbe: a eso vienen —y a más— los hijos de Dios»²³. Se trata tanto del marxismo, con independencia de sus éxitos o fracasos históricos, cuanto del hedonismo. En lo que respecta al primero, el beato Escrivá exclamaba en una homilía de noviembre de 1963: «¿Existe algo más opuesto a la fe, que un sistema que todo lo basa en eliminar del alma la presencia amorosa de Dios? Gritadlo muy fuerte, de modo que se oiga claramente vuestra voz: para practicar la justicia, no precisamos del marxismo para nada»²⁴. En cuanto al segundo, es denunciado como inspirador de las «teorías que hacen de la limitación de los nacimientos un ideal o un deber universal o simplemente general», teorías que el autor no duda en calificar como «criminales, anticristianas e infrahumanas». Y así —prosigue el beato Josemaría— «se da la paradoja de que los países donde se hace más propaganda del control de la natalidad —y desde donde se impone la práctica a otros países— son precisamente los que han alcanzado un nivel de vida más alto»²⁵. Este «neocolonialismo demográfico»²⁶ proviene de países ricos, pero descristianizados,

23. *Forja*, n. 23.

24. *Amigos de Dios*, n. 171.

25. *Conversaciones*, n. 94.

26. *Ibidem*. Es interesante dejar constancia de que estas tomas de posición morales acompañan o incluso preceden al Magisterio de la Iglesia; la entrevista de la que hemos tomado estas citas es un poco posterior a la aparición de la *Populorum progressio* (26-III-1967) de Pablo VI, pero anticipa los desarrollos posteriores de Juan Pablo II, como la *Familiaris consortio* (22-XI-1981) n. 30 ó la *Sollicitudo rei socialis* (30-XII-1987) n. 25: «Por otra parte, resulta muy alarmante constatar en muchos países el lanzamiento de campañas sistemáticas contra la natalidad, por iniciativa de sus Gobiernos, en contraste no sólo con la identidad cultural y religiosa de los mismos países, sino también con la naturaleza del verdadero desarrollo. Sucede a menudo que tales campañas son debidas a presiones y están financiadas por capitales provenientes del extranjero y, en algún caso, están subordinadas a las mismas y a la asistencia económico-financiera. En todo caso, se trata de una *falta absoluta de respeto por* la libertad de decisión de las personas afectadas, hombres y mujeres, sometidos a veces a intolerables presiones, incluso económicas, para someterlas a esta nueva forma de opresión. Son las poblaciones más pobres las que sufren los atropellos, y esto llega a originar en ocasiones la tendencia a un cierto racismo o favorece la aplicación de ciertas formas de eugenismo, igualmente racista».

donde la idolatría del «tener» impide el despliegue del «ser»²⁷, y se caracteriza por la tristeza y el extravío: «Lo que verdaderamente hace desgraciada a una persona —e incluso a una sociedad entera— es esa búsqueda, ansiosa y egoísta, de bienestar: ese intento de eliminar todo lo que contraría»²⁸.

A estas formas principales de materialismo hay que añadir ciertas ideologías que se oponen a la plenitud del hombre y, por ende, atentan contra el desarrollo de la Iglesia y de la fe y hacen surgir la intolerancia más sectaria: «El fanatismo de los sectarios —porque no guarda relación con la verdad— cambia en cada tiempo de vestidura, alzando contra la Santa Iglesia el espantajo de meras palabras, vacías de contenido por sus hechos: “libertad”, que encadena; “progreso”, que devuelve a la selva; “ciencia”, que esconde ignorancia... Siempre un pabellón que encubre vieja mercancía averiada»²⁹. Es la afirmación sin complejos de la superioridad del humanismo cristiano respecto a las teorías superadas o retrógradas que falsifican la libertad: «Parece mentira que aún haya gente empeñada en creer que es buen medio de locomoción la diligencia... —Esto, para los que renuevan volterrianismos de peluca empolvada, o liberalismos desacreditados del XIX»³⁰. Lo mismo vale para el “progresismo”: «No podemos dejarnos engañar por el mito del progreso perenne e irreversible. El progreso rectamente ordenado es bueno, y Dios lo quiere. Pero se pondera más ese otro falso progreso, que ciega los ojos a tanta gente, porque con frecuencia no percibe que la humanidad, en algunos de sus pasos, vuelve atrás y pierde lo que antes había conquistado»³¹. E igual para el “nacionalismo”: «Si el patriotismo se convierte en una nacionalismo que lleva a mirar con desapego, con desprecio —sin caridad cristiana ni justicia— a otros pueblos, a otras naciones, es un pecado. No es patriotis-

27. PABLO VI, Enc. *Populorum progressio*, nn. 18 y 19; JUAN PABLO II, Enc. *Sollicitudo rei socialis*, n. 28.

28. *Forja*, n. 767, y *Conversaciones*, n. 97.

29. *Surco*, n. 933.

30. *Camino*, n. 849.

31. *Es Cristo que pasa*, n. 123.

mo justificar delitos... y desconocer los derechos de los demás pueblos»³².

Finalmente, nos encontramos con la forma quizá más antigua y más difundida del indiferentismo, de un ateísmo que se esconde y no se atreve a decir su nombre: «Aconfesionalismo. Neutralidad. —Viejos mitos que intentan siempre remozarse. ¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?»³³. O también: «Los enemigos de Jesús —y algunos que se dicen sus amigos—, cubiertos con la armadura de la ciencia humana, empuñando la espada del poder, se ríen de los cristianos como el filisteo se reía de David, despreciándole. También ahora caerá por tierra el Goliat del odio, de la falsía, de la prepotencia, del laicismo, del indiferentismo—; y entonces, herido el gigantón de esas falsas ideologías por las armas aparentemente débiles del espíritu cristiano —oración, expiación, acción—, le despojaremos de la armadura de sus erróneas doctrinas, para revestir a nuestros hermanos los hombres con la verdadera ciencia: la cultura y la práctica cristianas»³⁴.

II. LOS EFECTOS SOCIALES DE UNA VIDA CRISTIANA AUTÉNTICA

2. *El principio de unidad de vida y sus aplicaciones sociales* Oponiéndose a la afirmación de uno de los padres del liberalismo ideológico europeo, que sentenciaba: «vicios privados, públicos beneficios»³⁵, el beato Escrivá proclama que las virtudes privadas construyen el bien público y colectivo, y que las estructuras y el obrar

32. *Surco*, nn. 315 y 316.

33. *Camino*, n. 353.

34. *Forja*, n. 974.

35. BERNARD DE MANDEVILLE (1670-1733), precursor del pensamiento de ADAM SMITH, «The Fable of the Bees: private vices, public benefits», 1.ª parte: 1714, 2.ª parte: 1729.

social dependen esencialmente de la lucha personal interior para vivir en su integridad la ética cristiana: «¡Qué afán tienen muchos de reformar! ¿No sería mejor que nos reformáramos todos, cada uno, para cumplir fielmente lo que está mandado?»³⁶. Esto presupone que existe un principio de unidad de vida, de continuidad entre la vida de las personas individuales y la de la sociedad, por cuanto la segunda deriva de la primera. Estamos ante una aplicación del principio constante de la Doctrina social de la Iglesia que sostiene la excelencia y el primado de la persona humana, no sólo a título de destinatario del orden social, sino también y simultáneamente como protagonista responsable de las estructuras y de los comportamientos sociales.

a) «*Estas crisis mundiales son crisis de santos*»

«El cristiano vive en el mundo con pleno derecho, por ser hombre. Si acepta que en su corazón habite Cristo, que reine Cristo, en todo su quehacer humano se encontrará —bien fuerte— la eficacia salvadora del Señor»³⁷. Si en este siglo el mundo se ha visto conmovido por guerras espantosas, por genocidios, por destrucciones de gran alcance, por innumerables opresiones, si las «cuestiones sociales» se suceden con la agudeza que las caracteriza —la cuestión obrera, el desarrollo de los pueblos—, la razón hay que buscarla en el corazón de cada hombre, y no en esta o aquella organización técnica de las estructuras sociales: «Es inútil clamar por el sosiego exterior si falta tranquilidad en las conciencias, en el fondo del alma, *porque del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias (Mt 15,19)*»³⁸. «Siempre están los hombres haciendo paces, y siempre andan enzarzados con guerras, porque han olvidado el consejo de luchar por dentro, de acudir al auxilio de Dios, para que Él venza, y conseguir así la paz en el propio yo, en el propio

36. *Surco*, n. 131.

37. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

38. *Es Cristo que pasa*, n. 73.

hogar, en la sociedad y en el mundo»³⁹. Esta lucha contra sí mismos lleva un nombre, santidad, e induce al beato Escrivá a introducir una especie de «matemática social de la santidad»: con pocas personas esparcidas, como la levadura en la masa, en todos los sectores del obrar social del hombre, se conquista la santificación progresiva de toda la humanidad: «Un secreto. —Un secreto a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. —Dios quiere un puñado de hombres «suyos» en cada actividad humana. —Después... “pax Christi in regno Christi” —la paz de Cristo en el reino de Cristo»⁴⁰. Porque «el fundamento de toda nuestra actividad como ciudadanos —como ciudadanos católicos— está en una inmensa vida interior: en ser, eficaz y realmente, hombres y mujeres que hacen de su jornada un diálogo ininterrumpido con Dios»⁴¹.

b) «No podemos llevar una doble vida»

Se oponen a este principio de permeabilidad, de comunicación entre santidad personal y estado del mundo, las visiones dualistas y reductivas del hombre y del cristiano: «Cierta mentalidad laicista y otras maneras de pensar que podríamos llamar *pietistas*, coinciden en no considerar al cristiano como hombre entero y pleno. Para los primeros, las exigencias del Evangelio sofocarían las cualidades humanas; para los otros, la naturaleza caída pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo, ignorar que *el Verbo se hizo carne, hombre, y habitó en medio de nosotros*»⁴². Esta mentalidad pietista o «espiritualista»⁴³ deriva del hecho de concebir la vida cristiana como una vida aparte, separada del mundo y de las

39. *Forja*, n. 102. Ver también *Es Cristo que pasa*, n. 182: «Intentan algunos construir la paz en el mundo, sin poner amor de Dios en sus propios corazones, sin servir por amor de Dios a las criaturas. ¿Cómo será posible efectuar, de ese modo, una misión de paz?».

40. *Camino*, n. 301.

41. *Forja*, n. 572.

42. *Amigos de Dios*, n. 74. Cfr. también *Es Cristo que pasa*, n. 98.

43. *Conversaciones*, n. 113.

actividades ordinarias de la comunidad humana. Históricamente, proviene de una reducción del ideal cristiano a la sola espiritualidad religiosa. Pensar que la toma de conciencia de las exigencias fundamentales del mensaje evangélico «signifique dejar la vida normal, es una idea legítima sólo para quienes reciben de Dios la vocación religiosa, con su *contemptus mundi*, con el desprecio o la desestima de las cosas del mundo; pero querer hacer de este abandono del mundo la esencia o la culminación del Cristianismo es claramente una enormidad»⁴⁴.

También puede provenir esta mentalidad de un cierto clericalismo, que, sin abandonar el mundo, hace de la vida cristiana «una especie de mundo aparte», que consiste en «ir al templo, participar en sagradas ceremonias, incrustarse en una sociología eclesiástica»⁴⁵. Se concibe, entonces, la existencia cristiana como una realidad reservada a «gentes puras, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí»⁴⁶. Surge entonces la tentación tan frecuente «de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»⁴⁷.

Por eso la fórmula «los católicos penetran en los ambientes sociales» no tiene sentido; los laicos, cristianos corrientes, «no tienen necesidad de *penetrar* en las estructuras temporales, por el simple hecho de que son ciudadanos corrientes, iguales a los demás, y por tanto *ya estaban allí*»⁴⁸. También por el mismo

44. *Ibidem*, n. 66.

45. *Ibidem*, n. 113.

46. *Ibidem*.

47. *Ibidem*, n. 114.

48. *Ibidem*, n. 66.

motivo, es decir, en virtud de la unidad de vida, el círculo de la vida familiar y la más amplia esfera de la vida social no constituyen dos mundos distintos u opuestos⁴⁹.

2. Poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas

a) Responsabilidad entusiasta ante el mundo y ante la entera creación

«Ha querido el Señor que sus hijos, los que hemos recibido el don de la fe, manifestemos la original visión optimista de la creación, el “amor al mundo” que late en el cristianismo. —Por tanto, no debe faltar nunca ilusión en tu trabajo profesional, ni en tu empeño por construir la ciudad temporal»⁵⁰. Ahora bien, «muchas realidades materiales, técnicas, económicas, sociales, políticas, culturales», abandonadas a sí mismas, o en manos de quienes carecen de la luz de nuestra fe, se convierten en obstáculos formidables para la vida sobrenatural: forman como un coto cerrado y hostil a la Iglesia. Tú, por cristiano —investigador, literato, científico, político, trabajador...—, tienes el deber de santificar esas realidades. Recuerda que el universo entero —escribe el Apóstol— está gimiendo como en dolores de parto, esperando la liberación de los hijos de Dios»⁵¹. Esta liberación la ha comenzado definitivamente Cristo en la cruz; a los cristianos nos toca realizar la «consagración del mundo»⁵² a través de la correden-

49. *Ibidem*, n. 87: «Monseñor, cada vez es mayor la presencia de la mujer en la vida social, más allá del ámbito familiar, en el que casi exclusivamente se había movido hasta ahora. ¿Qué le parece esta evolución? ¿Y cuáles son, a su entender, los rasgos generales que la mujer ha de alcanzar para cumplir la misión que le está asignada?»

— En primer término, me parece oportuno no contraponer esos dos ámbitos que acabas de mencionar».

50. *Forja*, n. 703.

51. *Surco*, n. 311.

52. *Conversaciones*, n. 70.

ción: «Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención»⁵³. En efecto, «Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»⁵⁴.

b) *La santificación del mundo por parte del ciudadano y del trabajador cristiano*

«Los hijos de Dios, ciudadanos de la misma categoría que los otros, hemos de participar “sin miedo” en todas las actividades y organizaciones honestas de los hombres, para que Cristo esté presente allí. Nuestro Señor nos pedirá cuenta estrecha si por dejadez o comodidad, cada uno de nosotros, libremente, no procura intervenir en las obras y en las decisiones humanas, de las que dependen el presente y el futuro de la sociedad»⁵⁵. Para el beato Escrivá, en virtud de la unidad de vida y de la secularidad constitutiva del laico cristiano, no hay lugar para las derogaciones, las exenciones, los privilegios invocados en nombre de otro mundo, ni para la falsa humildad de quien no reclama sus derechos. El cristiano no es un apátrida⁵⁶: «Observa todos tus deberes

53. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

54. *Conversaciones*, n. 59. Cfr. *Forja*, n. 685, así como *Via Crucis*, XI estación, punto de meditación n. 3: «¡Qué hermosas esas cruces en la cumbre de los montes, en lo alto de los grandes monumentos, en el pináculo de las catedrales!... Pero la Cruz hay que insertarla también en las entrañas del mundo. Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas».

55. *Forja*, n. 715; ver también todo el capítulo «Ciudadanía», de *Surco*.

56. *Es Cristo que pasa*, n. 99: «En esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es

cívicos, sin querer sustraerte al cumplimiento de ninguna obligación; y ejercita todos tus derechos, en bien de la colectividad, sin exceptuar imprudentemente ninguno. —También has de dar ahí testimonio cristiano»⁵⁷.

Esta restauración universal a través de la santificación de los hombres y del mundo, se lleva principalmente a cabo por medio del trabajo o la profesión: «No hemos de olvidar que Dios creó al hombre ut operaretur (*Gn* 2,15), para que trabajara, y los demás —nuestra familia y nación, la humanidad entera— dependen también de la eficacia de nuestra labor»⁵⁸. Ahora bien, «no podemos ofrecer al Señor algo que, dentro de las pobres limitaciones humanas, no sea perfecto, sin tacha, efectuado atentamente también en los mínimos detalles [...] en una palabra, un quehacer cumplido, impecable»⁵⁹. «El trabajo bien acabado, que progresa y hace progresar, que tiene en cuenta los adelantos de la cultura y de la técnica, realiza una gran función, útil siempre a la humanidad entera, si nos mueve la generosidad, no el egoísmo, el bien de todos, no el provecho propio: si está lleno de sentido cristiano de la vida»⁶⁰. La proyección social de un trabajo tiene como medida «el espíritu de servicio, el deseo de trabajar para contribuir al bien de los demás hombres»⁶¹. El trabajo en casa de la mujer —que no es exclusivo de ella— «puede ser fácilmente la función social de mayor proyección [...] A través de esa profesión —porque lo es, verdadera y noble— [las mujeres] influyen positivamente no sólo en la familia, sino en multitud de amigos y de conocidos, en personas con las que de un modo u otro se relacionan, cumpliendo una tarea mucho más extensa a veces que la de otros profesionales»⁶².

un apátrida. Es un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios, cuyo amor empieza a entrever ya en esta etapa temporal, y en el que reconoce el fin al que estamos llamados todos los que vivimos en la tierra».

57. *Forja*, n. 697.

58. *Amigos de Dios*, n. 169.

59. *Ibidem*, n. 55.

60. *Es Cristo que pasa*, n. 166.

61. *Ibidem*, n. 51.

62. *Conversaciones*, nn. 88 y 89. Cfr. también *Forja*, n. 702.

c) La promoción humana a través del apostolado cristiano

Si «la vocación profesional es parte esencial, inseparable, de nuestra condición de cristianos»⁶³, también la necesidad imperiosa del apostolado para permitir a la humanidad que alcance su plenitud en Cristo se llevará a término principalmente por medio del trabajo profesional: «Con frecuencia, siento ganas de gritar al oído de tantas y de tantos que, en la oficina y en el comercio, en el periódico y en la tribuna, en la escuela, en el taller y en las minas y en el campo, amparados por la vida interior y por la Comunión de los Santos, han de ser portadores de Dios en todos los ambientes, según aquella enseñanza del Apóstol: “glorificad a Dios con vuestra vida y llevadle siempre con vosotros”»⁶⁴. Porque «quiere el Señor a los suyos en todas las encrucijadas de la tierra. A algunos los llama al desierto, a desentenderse de los avatares de la sociedad de los hombres, para hacer que esos mismos hombres recuerden a los demás, con su testimonio, que existe Dios. A otros, les encomienda el ministerio sacerdotal. A la gran mayoría, los quiere en medio del mundo, en las ocupaciones terrenas. Por lo tanto, deben estos cristianos llevar a Cristo a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de montaña»⁶⁵.

Este apostolado laical, que nace directamente del compromiso adquirido con el Bautismo, aún en sí el pleno desarrollo de la naturaleza y de la gracia, de lo natural y lo sobrenatural; no constituye una actividad yuxtapuesta; se inscribe siempre en la unidad de vida que hemos evocado: «¿Quién ha dispuesto que para hablar de Cristo, para difundir su doctrina, sea preciso hacer cosas raras, extrañas? Vive tu vida ordinaria; trabaja donde estás, procurando cumplir los deberes de tu estado, acabar bien la labor de tu profesión o de tu oficio, creciéndote, mejorando cada jornada. Sé leal, comprensivo con los demás y exigente contigo

63. *Amigos de Dios*, n. 60.

64. *Forja*, n. 945.

65. *Es Cristo que pasa*, n. 105.

mismo. Sé mortificado y alegre. Ese será tu apostolado»⁶⁶. «Esfuérate para que las instituciones y las estructuras humanas, en las que trabajas y te mueves con pleno derecho de ciudadano, se conformen con los principios que rigen una concepción cristiana de la vida. Así, no lo dudes, aseguras a los hombres los medios para vivir de acuerdo con su dignidad, y facilitarás a muchas almas que, con la gracia de Dios, puedan responder personalmente a la vocación cristiana»⁶⁷.

Condición sobreentendida, pero muy a menudo expresa, de esta movilización de cristianos que quieren tomarse en serio el cristianismo y sus responsabilidades sociales, es el ejercicio de la libertad de cada hombre, porque no hay «responsabilidad sin libertad»⁶⁸.

III. LA LIBERTAD PERSONAL ES ESENCIAL EN LA VIDA CRISTIANA

En el curso de una homilía pronunciada el 22 de noviembre de 1970, fiesta de Cristo Rey, surge esta extraordinaria proclamación: «Llevo toda mi vida predicando la libertad personal, con personal responsabilidad. La he buscado y la busco, por toda la tierra, como Diógenes buscaba un hombre. Y cada día la amo más, la amo sobre todas las cosas terrenas: es un tesoro que no apreciaremos nunca bastante»⁶⁹. Este vibrante amor por la libertad, que traslucía en casi todas las páginas de sus obras, se fundamenta, para el beato Escrivá, en una doctrina extremadamente clara, y también en la experiencia de los sufrimientos padecidos en su propia vida y en la de la Obra que ha fundado: el capítulo

66. *Amigos de Dios*, n. 273.

67. *Forja*, n. 718.

68. *Es Cristo que pasa*, n. 27. Todas las exhortaciones al servicio de los demás (p. ej.: *Forja*, n. 144), al deber de obrar a favor del bien común y al rechazo del absentismo (*Forja*, n. 714), al hecho de tomar parte activa en las asociaciones oficiales o privadas de los propios países (*Forja*, n. 717), se encuentran subordinadas al ejercicio de la libertad.

69. *Es Cristo que pasa*, n. 184.

títulado «Ciudadano de las dos ciudades» de la entrevista a Mons. Álvaro del Portillo, recogida por Cesare Cavallieri, cuenta algunos episodios al respecto ⁷⁰.

1. *Libertad de las personas
y verdad que libera*

a) *Las dos etapas de la libertad: «Veritas liberabit vos»*

«Cuando, durante mis años de sacerdocio, no diré que predico, sino que grito mi amor a la libertad personal, noto en algunos un gesto de desconfianza, como si sospechasen que la defensa de la libertad entraña un peligro para la fe. Que se tranquilicen esos pusilánimes. Exclusivamente atenta contra la fe una equivocada interpretación de la libertad, una libertad sin fin alguno, sin norma objetiva, sin ley, sin responsabilidad. En una palabra: el libertinaje» ⁷¹. En efecto, la libertad humana conoce dos etapas: la que corresponde a la facultad de elegir, que es constitutiva del ser humano y que Dios respeta, y el ejercicio de esta libertad por parte del hombre, en conformidad o no con el bien y la verdad, con la voluntad de Dios.

La primera es un gran bien, «que hace al hombre capaz de amar y de servir a Dios» ⁷². Es «un don de Dios» ⁷³, que ha querido correr «el riesgo de nuestra libertad» ⁷⁴. «No destruye el Señor la libertad del hombre: precisamente Él nos ha hecho libres. Por eso no quiere respuestas forzadas, quiere decisiones que salgan de la intimidad del corazón» ⁷⁵. «Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad» ⁷⁶. Esta libertad siem-

70. Cfr. Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, realizada por Cesare Cavallieri, Madrid 1993.

71. *Amigos de Dios*, n. 32.

72. *Conversaciones*, n. 104.

73. *Es Cristo que pasa*, n. 24.

74. *Ibidem*, n. 113.

75. *Ibidem*, n. 100.

76. *Ibidem*, n. 129.

pre es apellidada «personal» por el beato Escrivá de Balaguer —«La libertad personal que defiende y que defenderé siempre con todas mis fuerzas»⁷⁷—, para mostrar que las libertades colectivas y públicas constituyen su prolongación y, al mismo tiempo, que toda persona humana merece respeto en razón de la dignidad que esta libertad justamente le confiere: «Estamos obligados a defender la libertad personal de todos, sabiendo que *Jesucristo es el que nos ha adquirido esa libertad*; si no actuamos así, ¿con qué derecho reclamaremos la nuestra? Debemos difundir también la verdad, porque *veritas liberabit vos*, la verdad nos libera, mientras que la ignorancia esclaviza»⁷⁸.

Y aquí entra en juego la segunda etapa de la libertad, la que corresponde a la restauración redentora de la humanidad, porque, como no duda en afirmar sin reticencias el beato Escrivá, «donde no hay amor de Dios, se produce un vacío de individual y responsable ejercicio de la propia libertad»⁷⁹. Sería necesario reproducir aquí páginas enteras de la homilía «La libertad, don de Dios», que constituye, entre los restantes textos del beato, una joya de antropología cristiana y de teología moral práctica. Seguiremos el hilo de los razonamientos, a través de un conjunto de citas: «Llegamos así a calibrar el recto uso de la libertad si se dispone hacia el bien; y su equivocada orientación, cuando con esa facultad el hombre se olvida, se aparta del Amor de los amores. [...] Nos responde el mismo Cristo: *veritas liberabit vos*, la verdad os hará libres. [...] Pero la libertad no se basta a sí misma: necesita un norte, un guía. [...] Rechazad el engaño de los que se conforman con un triste vocerío: ¡libertad, libertad! Muchas veces, en ese mismo clamor se esconde una trágica servidumbre: porque la elección que prefiere el error, no libera; el único que libera es Cristo, ya que sólo Él es el Camino, la Verdad y la Vida»⁸⁰. Entre los que no eligen la libertad que libera se encuentran los idólatras de la propia libertad, los indecisos y quienes rechazan a Dios; los tres comportamientos conducen al mismo resultado: la esclavitud

77. *Amigos de Dios*, n. 26.

78. *Ibidem*, n. 171.

79. *Ibidem*, n. 29.

80. *Ibidem*, n. 26.

bajo las apariencias de libertad. Los primeros no utilizan la libertad que poseen: «la miran, la ponen como un ídolo de barro dentro de su entendimiento mezquino. [...] Su libertad se demuestra estéril, o produce frutos ridículos, también humanamente. El que no escoge —icon plena libertad!— una norma recta de conducta, tarde o temprano se verá manejado por otros, vivirá en la indolencia —como un parásito—, sujeto a lo que determinen los demás. [...] ¡Pero nadie me coacciona!, repiten obstinadamente. ¿Nadie? Todos coaccionan esa ilusoria libertad, que no se arriesga a aceptar responsablemente las consecuencias de sus acciones libres, personales». En segundo lugar, «el indeciso, el irresoluto, es como materia plástica a merced de las circunstancias; cualquiera lo moldea a su antojo y, antes que nada, las pasiones y las peores tendencias de la naturaleza herida por el pecado»⁸¹. Finalmente, «*el que peca contra Dios conserva el libre albedrío en cuanto a la libertad de coacción, pero lo ha perdido en cuanto a la libertad de culpa* (Santo Tomás de Aquino, *Questiones disputatae*. De malo, q.VI, a. I). Manifestará quizá que se ha comportado conforme a sus preferencias, pero no logrará pronunciar la voz de la verdadera libertad: porque se ha hecho esclavo de aquello por lo que se ha decidido, y se ha decidido por lo peor, por la ausencia de Dios, y allí no hay libertad»⁸². «Esclavitud o filiación divina: he aquí el dilema de nuestra vida. O hijos de Dios o esclavos de la soberbia, de la sensualidad, de ese egoísmo angustioso en el que tantas almas parecen debatirse»⁸³.

b) *La «libertad de las conciencias» y el respeto a las personas*

Partiendo de esta doble dimensión de la libertad —libre albedrío y elección de la verdad—, el beato Escrivá desarrolla una distinción, muy querida para él, entre la «libertad de las conciencias» y la «libertad de conciencia». Frente a esta última expresión, habitualmente utilizada para indicar la autonomía de la persona,

81. *Ibidem*, n. 29.

82. *Ibidem*, n. 37.

83. *Ibidem*, n. 38.

es menester subrayar que no resulta «exacto hablar de *libertad de conciencia*, que equivale a avalorar como de buena categoría moral que el hombre rechace a Dios. Ya hemos recordado que podemos oponernos a los designios salvadores del Señor; podemos, pero no debemos hacerlo»⁸⁴. Este principio no sólo desprecia la regla moral objetiva, la voluntad de Dios, sino que atenta también contra la integridad de la propia conciencia: «Libertad de conciencia: ¡no! —Cuántos males ha traído a los pueblos y a las personas este lamentable error, que permite actuar en contra de los propios dictados íntimos. Libertad “de las conciencias”, sí: que significa el deber de seguir este imperativo interior..., ¡ah, pero después de haber recibido una seria formación!»⁸⁵.

La libertad de las conciencias es un derecho natural que garantiza la libertad religiosa de cada uno, también de la Iglesia, en la sociedad humana: puesto que no faltan quienes, «en aras de una falsa libertad, querrían “amablemente” que los católicos volviéramos a las catacumbas»⁸⁶; o también, que «tienen miedo —y se oponen!— a que los católicos sean sencillamente buenos católicos»⁸⁷, llegando hasta la opresión organizada contra la fe de los regímenes tiránicos y totalitarios⁸⁸. Al contrario, «defiendo con todas mis fuerzas la *libertad de las conciencias*, que denota que a nadie le es lícito impedir que la criatura tribute culto a Dios. Hay que respetar las legítimas ansias de verdad: el hombre tiene obligación grave de buscar al Señor, de conocerle y de adorarle, pero nadie en la tierra debe permitirse imponer al prójimo la práctica de una fe de la que carece; lo mismo que nadie puede arrogarse el derecho de hacer daño al que la ha recibido de Dios»⁸⁹. He aquí la condena de cualquier recurso a la violencia, de cualquier forma de tiranía, «contraria a la dignidad humana»⁹⁰. «Qué triste cosa es tener una mentalidad cesarista, y no comprender la liber-

84. *Ibidem*, n. 32.

85. *Surco*, n. 389.

86. *Ibidem*, n. 301.

87. *Ibidem*, n. 931.

88. Cfr. *Forja*, n. 259.

89. *Amigos de Dios*, n. 32.

90. *Conversaciones*, n. 53.

tad de los demás ciudadanos, en las cosas que Dios ha dejado al juicio de los hombres»⁹¹.

Finalmente, en «El respeto cristiano a la persona y a su libertad»⁹² —una homilía de contenido conmovedor, porque detrás de cada línea puede advertirse su carácter autobiográfico—, el fundador del Opus Dei denuncia los ataques hipócritas contra las reglas elementales de la moral y del derecho natural, que provienen de un buen número de comportamientos sociales contemporáneos. En nuestras sociedades, donde en virtud de los massmedia la proyección colectiva de las opiniones y juicios alcanza una dimensión universal, la maledicencia y la calumnia se transforman en armas terribles contra las personas físicas y morales. Se comienza imaginando el mal, se sospecha sin prueba alguna, y se acaba haciendo público el juicio temerario: «Erigiendo en norma de juicio el prejuicio, ofenderán a cualquiera antes de oír razones. Luego, *objetivamente, bondadosamente*, quizá concederán al injuriado la posibilidad de defenderse: contra toda moral y derecho, porque, en lugar de cargar ellos con la prueba de la supuesta falta, *conceden* al inocente el *privilegio* de la demostración de su inocencia. [...] Es un atentado tremendo contra el derecho básico, que por naturaleza a todos corresponde, de ser tratados con respeto. [...] Los atentados a la persona —a su reputación, a su honor— denotan, en quien los comete, que no profesa o que no practica algunas verdades de nuestra fe cristiana, y en cualquier caso la carencia de un auténtico amor de Dios»⁹³.

2. *Unidad de fe y pluralismo de opiniones* La relación entre el respeto debido a las personas y el reconocimiento de la libertad-verdad, nos conduce hasta otra relación: la de la unidad de fe y la libertad de opinión de los cristianos. También ahora las enseñan-

91. *Surco*, n. 313.

92. *Es Cristo que pasa*, nn. 67-72.

93. *Ibidem*, nn. 68, 69 y 72.

zas del beato Escrivá resultan en extremo claras y eficaces frente a las confusiones y malversaciones que surgen normalmente cuando se dogmatiza en cuestiones temporales y se relativizan las verdades de fe.

a) *No existen dogmas en las cuestiones opinables*

«Sólo en la fe y en la moral hay un criterio indiscutible: el de nuestra Madre la Iglesia»⁹⁴. «Los cristianos gozáis de la más plena libertad, con la consecuente personal responsabilidad, para intervenir como mejor os plazca en cuestiones de índole política, social, cultural, etcétera, sin más límites que los que marca el Magisterio de la Iglesia. Únicamente me preocuparía —por el bien de vuestras almas—, si saltarais esos linderos, ya que habríais creado una neta oposición entre la fe que afirmáis profesar y vuestras obras, y entonces os lo advertiría con claridad»⁹⁵. La libertad de los cristianos es puesta también en peligro por quienes «degradan al hombre, al negar el valor de la fe colocándola a merced de los errores más brutales»⁹⁶. Cosa que sucede cuando se aplican indebidamente a la fe y a la moral católicas criterios políticos: «hay católicos, practicantes y aun piadosos ante los ojos de los demás, y quizá sinceramente convencidos, que sirven ingenuamente a los enemigos de la Iglesia... —Se les ha colado en su propia casa, con nombres distintos mal aplicados —ecumenismo, pluralismo, democracia—, el peor adversario: la ignorancia»⁹⁷. La fe y la moral no se deciden por mayoría, a tenor de las circunstancias: no son el resultado de una opinión o de una negociación; la «santa intransigencia» se aplica a la doctrina⁹⁸. Al contrario, respeto a las personas y a sus libres opiniones: «Nadie puede pretender en cuestiones temporales imponer dogmas, que no existen»⁹⁹. «El hecho de que

94. *Surco*, n. 275.

95. *Amigos de Dios*, n. 11.

96. *Ibidem*.

97. *Surco*, n. 359.

98. *Camino*, nn. 397 y 398.

99. *Conversaciones*, n. 77.

alguno piense de distinta manera que yo —especialmente cuando se trata de cosas que son objeto de la libertad de opinión— no justifica de ninguna manera una actitud de enemistad personal, ni siquiera de frialdad o de indiferencia. [...] Cuando se comprende a fondo el valor de la libertad, cuando se ama apasionadamente este don divino del alma, *se ama el pluralismo que la libertad lleva consigo*»¹⁰⁰.

b) *El respeto del legítimo pluralismo*

«¡Qué empeño el de algunos en masificar!: convierten la unidad en uniformidad amorfa, ahogando la libertad»¹⁰¹. Se trata de quienes «tienen mentalidad de partido único, en lo político o en lo espiritual»¹⁰², y entre ellos destacan los que querrían encerrar la religión en una formación política única: «No pienso en el cometido de los cristianos en la tierra como en el brotar de una corriente político-religiosa —sería una locura—, ni siquiera aunque tenga el buen propósito de infundir el espíritu de Cristo en todas las actividades de los hombres»¹⁰³; pues «nada más lejos de la fe cristiana que el fanatismo, con el que se presentan los extraños maridajes entre lo profano y lo espiritual sean del signo que sean»¹⁰⁴. En la Iglesia, esta mentalidad de partido único se transparentaba en ciertas formas contemporáneas de clericalismo; hasta el punto de que el beato Escrivá no dudó en sostener en 1968, en una entrevista a *L'Osservatore romano*, que se trataba de uno «de los mayores peligros que amenazan hoy a la Iglesia». Desconociendo las «exigencias divinas de la libertad cristiana, y dejándose llevar por falsas razones de eficacia», se impone a los cristianos una uniformidad que amenaza con «comprometer a la Jerarquía en cuestiones temporales, cayendo en un clericalismo

100. *Ibidem*, n. 98.

101. *Surco*, n. 401.

102. *Conversaciones*, n. 50.

103. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

104. *Ibidem*, n. 74.

diverso pero tan nefando como el de los siglos pasados»¹⁰⁵. Esta propensión eclesiástica a ceder a la tentación del sistema único es denunciada crudamente por el beato Escrivá, que se demuestra todavía hoy como un precursor de la promoción de los derechos y de las libertades en la Iglesia: «hay que huir, como de la peste, de esos modos de plantear la pastoral y, en general, el apostolado, que no parecen sino una nueva edición, corregida y aumentada, del partido único en la vida religiosa»¹⁰⁶.

Igualmente, resultaría intolerable que el cristiano, en su obrar individual, se sirviera de la fe común para intentar imponer a los otros fieles sus propias elecciones libres en materia temporal: «A ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las *soluciones católicas* a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser, hijos míos! Esto sería clericalismo, *catolicismo oficial* o como queráis llamarlo. En cualquier caso, es hacer violencia a la naturaleza de las cosas»¹⁰⁷.

Frente a semejantes variaciones del espíritu del partido único, el fundador del Opus Dei se ha erigido como campeón del desarrollo de una mentalidad laical cristiana, que propone la realización de principios éticos viejos como el Evangelio y como el Evangelio nuevos: «Tenéis que difundir por todas partes una verdadera *mentalidad laical*, que ha de llevar a tres conclusiones: a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal; a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene; y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas»¹⁰⁸.

105. *Conversaciones*, n. 59.

106. *Ibidem*, n. 99.

107. *Ibidem*, n. 117.

108. *Ibidem*.

CONCLUSIÓN

Para llevar a término estos objetivos, «hay que rechazar el prejuicio de que los fieles corrientes no pueden hacer más que limitarse a ayudar al clero, en apostolados eclesiásticos. Y advertir que, para lograr este fin sobrenatural, los hombres necesitan ser y sentirse personalmente libres, con la libertad que Jesucristo nos ganó»¹⁰⁹.

Esto requiere un esfuerzo de formación por parte de todos los bautizados, para liberarlos del mal primigenio, siempre actual, que es la ignorancia: «Necesitas formación, porque has de tener un hondo sentido de responsabilidad, que promueva y anime la actuación de los católicos en la vida pública, con el respeto debido a la libertad de cada uno, y recordando a todos que han de ser coherentes con su fe»¹¹⁰.

109. *Conversaciones*, n. 34.

110. *Forja*, n. 712.